
¿Cuál es mi misión?

Entonces dijo a Samuel: “Ve y acuéstate otra vez, y si alguien te llama de nuevo, di, “Habla, Señor, que tu siervo te escucha”. Samuel volvió a acostarse. El Señor vino y llamó como antes: “¡Samuel! Samuel!” Y Samuel respondió: “Habla, que tu siervo escucha”.
(1 Samuel 3:9-10)

H. Nguyễn Hoàng Anh
Director del Marist Educational Center
District of Asia, Camboya



En 1Samuel 3:9-10, encontramos al profeta recibiendo la indicación de acostarse y escuchar la llamada de Dios. Se le dice que, si alguien vuelve a pronunciar su nombre, responda: “Habla, Señor, que tu siervo escucha”. Este pasaje resuena profundamente en mí mientras me esfuerzo por discernir mi propia misión en la vida para descubrir lo que Dios me llama a ser y a hacer. El reto es cómo sintonizar con el designio de Dios en medio del ruido del mundo. Discernir su voluntad sobre mí –tanto en acciones como en identidad– es un viaje que siento que requiere una atención más profunda. Confío en que cada uno de nosotros descubra su propio camino, como clave de nuestra felicidad en la vida.

Antes de adentrarme en mi misión en Pailin, Camboya, me permito relatar el viaje y la razón que me ha llevado hasta aquí.

En 2021, en medio de la agitación mundial causada por el Covid-19, regresé a Vietnam desde Filipinas, donde continuaba mi formación. La pandemia había trastornado muchas vidas en todo el mundo. Esta situación anómala me brindó la oportunidad de reencontrarme con mi familia. Fue un tiempo de solaz y reflexión. Sin embargo, poco después me sentí llamado a embarcarme en un nuevo viaje: una misión en Camboya.

Mi primer año en Camboya comenzó en noviembre, un mes lleno de incertidumbre, pero también rebotante de posibilidades. Me destinaron a Pailin, una provincia fronteriza con Tailandia, conocida por su belleza natural y su rica cultura. Aquí, entre la exuberante vegetación y la cálida hospitalidad de los lugareños, empecé mi trabajo.

En los últimos dos años, Pailin se ha convertido en algo más que un lugar de misión se ha

convertido en un hogar lleno de retos y bendiciones. El paisaje, la gente y la cultura han dejado una huella indeleble en mi corazón.

Dentro del ámbito de nuestro albergue, dedicado a la pastoral, los hermanos construyeron hace unos años su residencia. Actualmente acogemos a 30 estudiantes, chicos y chicas, que dependen de nuestro cuidado y apoyo. Es evidente que se benefician enormemente de nuestra atención y orientación, pero, como en cualquier trabajo, no han faltado obstáculos que superar. Reflexionando sobre mis experiencias, me doy cuenta de que hay tres áreas que requieren mi atención: la vida comunitaria, la espiritualidad y la misión.

La vida comunitaria ha sido, al mismo tiempo, fuente de alegría y de frustración. Aunque hay un sentimiento compartido de propósito común entre nosotros, también hay, a veces, una palpable falta de unidad, no tanto sobre la comunidad de la que formamos parte, sino más bien sobre cómo puede realizarse la vida comunitaria con nuestros dones y limitaciones individuales. Construir relaciones significativas y fomentar el sentido de pertenencia a la comunidad se ha convertido en una de mis prioridades.

Dicho esto, también reconozco la abundancia de experiencias positivas que encuentro a diario, como trabajar con estudiantes, participar en actividades comunitarias e involucrarme en reuniones de jóvenes. Inspirado por Samuel, aspiro a escuchar atentamente para discernir la voz de Dios en medio del ajetreo de la vida diaria, respondiendo ansiosamente a su llamada: “Aquí estoy, Señor, revélame tu voluntad y misión en este lugar”. Para facilitar esta conexión, reconozco la importancia de dedicar tiempo personal con Dios, donde su guía es más clara, y mis limitaciones más palpables. De lo contrario, las exigencias del trabajo y otros compromisos pueden obstruir mi capacidad de vivir y servir fielmente junto a mis hermanos en Cristo.

La espiritualidad también desempeña un papel crucial en mi misión. En medio de mis tareas y responsabilidades diarias, me esfuerzo por mantener una profunda conexión con Dios a través de la oración y la reflexión. Es a través de esta lente espiritual que busco orientación y claridad en mi misión.





El trabajo misionero, por supuesto, está en el centro de mi viaje. Desde el servicio a los niños pobres hasta el fomento de nuevas vocaciones maristas, no faltan oportunidades para marcar la diferencia. Sin embargo, estas oportunidades vienen acompañadas de retos que ponen a prueba mi determinación y me empujan a crecer.

A pesar de los obstáculos, sigo comprometido con mi misión. A través de momentos de reflexión y autodescubrimiento estoy aprendiendo a aceptar tanto las alegrías como las dificultades que esta vida conlleva. Y mientras navego por este camino, recuerdo la importancia de escuchar la voz de Dios en medio del caos y del ruido exteriores.

En este viaje, me he dado cuenta de que lo verdaderamente importante no es cuánto logro o lo bien que realizo mis tareas, sino con qué fidelidad las llevo a cabo en consonancia con mi vocación. Siento la presencia de Dios cuando experimento el amor, la compasión y la misericordia. Trabajar juntos y ayudarnos unos a otros es más satisfactorio que el éxito solitario. En lugar de obsesionarme con los errores, me esfuerzo por comprender y cumplir la voluntad de Dios emulando su amor por los demás, incluso por los que son diferentes a mí. Encontrar y cumplir el designio de Dios en mi vida es primordial y me conduce a un camino de mayor felicidad.

Para terminar, recuerdo una vez más las palabras de Samuel: “Habla, Señor, que tu siervo escucha”. Con esta actitud humilde afronto mi misión cada día, dispuesto a atender la llamada y a cumplir el propósito que Dios tiene para mí en este lugar.



Las opiniones expresadas en este documento son las del autor y no reflejan necesariamente los puntos de vista del Instituto Marista.

Si quieres compartir con la Comisión tus ideas, reflexiones o experiencias sobre el liderazgo de servicio y profético a raíz de estas reflexiones, escribe a fms.cimm@fms.it